



### CAPITULO III

#### Tolerancia y amoríos

**CONVÉNZASE** usted, don Pancho: el bacalao ha de ser con chile, sin aceite y sin orégano, pues echárselo es perderlo.

— Pero nunca llegará usted á probarme, señor capitán, que eso sea bacalao á la vizcaína ni cosa que lo parezca. El bacalao á la vizcaína debe rehogarse en aceite; de otro modo es una solemne mamarrachada, dicho sea con perdón de quien piense otra cosa.

— Ni usted me demostrará jamás que ese aceite con venga al bacalao á la veracruzana, que es el que yo defiendo y sostengo.

— Ello es que éste con su pan rallado, su pimienta, ajos y zumo de limón, está para alabar á Dios.

— Ya que hemos comido tan bien y tan bien nos hemos despachado, dígame si tiene ya listas las cosas para la sesión de hoy.

— Todo está arreglado como puede ver su merced; las bandas verdes que dicen:

*Viva la religión y muera la tolerancia,*

las otras blancas que contienen los dísticos que nos improvisó el padre Magna Gracia y las amarillas destinadas á los nuestros, á los hombres de bien que atacan la maldita libertad de conciencia.

— ¿Y qué dísticos hizo el italianito? Léalos usted, que deben de ser cosa buena.

— Oiga usted y deléitese:

En el empíreo ya grabado queda  
El nombre del ilustre Castañeda.

— Muy bien; nada más justo que alabar á ese atleta que tan bien se ha manejado en esta discusión. Diga usted otros.

— Ahí van:

Viva la religión; muera el impío;  
Excremos por siempre al extravío.  
Si queréis religiosa tolerancia,  
Querréis también revolución de Francia.

Que muera el bando vil del desenfreno;  
Mueran Zarco, Ramírez y Moreno.

— Eso está de perlas; ni escrito por Monseñor Munguía. Vamos á otro.

— Nada más hay dos.

Antes morir que veamos profanados  
Los altares á Cristo consagrados.  
¿De cultos libertad? No la queremos.  
Católicos lo somos y seremos.

— ¡Perfectamente; como de tan bella mano!

— Es que tenemos gente que sabe poner la pluma, amigo Quiroz. No nos parecemos á los liberalescos que no conocen la o por lo redondo. Dígame si no es para dar grima este amago de soneto que publica *El Heraldó*:

El vil conservador en su agonía  
Abusa del candor de las señoras,  
Acopia firmas de esas seductoras  
Y por ellas se afana noche y día.  
La opinión del Congreso como impía  
Proclama sin cesar y á todas horas,  
Y con manos inmundas y traidoras  
Profana el santuario y galería.  
Afanos perdidos, poco ilustrados

Cuando la libertad de conciencia  
La reclaman el siglo y conveniencia.  
Sí, pueblo, vuestros dignos diputados  
Por vuestro amor trabajan con lealtad  
Y harán del pueblo la felicidad.

— ¡Qué barbaridad!

— Pero ¿en qué consiste que nuestros atletas, los Pesados, los Arangos, los Seguras, los Roa Bárcena y tantos otros, en vez de ir al Congreso y poner en cintura á todos esos bellacos habladores, se están en su casa?

— Consiste, repuse yo, que encontré la oportunidad de meter baza, en que esos señores no salieron diputados, y si salieron, creyeron que se degradarían poniéndose á tú por tú con los progresistas.

— Con lo cual, repuso el nunca bien alabado Gordo, han dejado que los otros se despachen con la cuchara grande. ¡Cómo desearía que se hiciera lo que el otro día propuso un diputado!

— ¿Y qué fué, amigo Pancho?

— Friolera; recordó que en los conventos de los primeros cristianos había algo así como unas rejillas desde donde los catecúmenos, ó sea el pueblo, proponía cuestiones á los doctores.

— Y aquí, ¿vamos á dirigir preguntas á los diputados?

— Y á tomar parte, como personas de la galería, en cuanto se discuta en la camarilla.

— ¡Bueno estaría eso, Panchito!

— Ya le ajustaría sus cuentas al tal Mata, ese veracruzano presuntuoso que ayer se declaró Mesías, apóstol, mártir y confesor de la fe democrática.

— Y á Zarco, que llamó al romano Pontífice, Prefecto al servicio de Austria.

— Y á Gamboa, que insultó á las señoras que firmaron las exposiciones.

— Y á Cortés Esparza.

— Y á García Granados.

— Y á Ramírez, el charlatán sin conciencia.

— Y á Prieto, que comparó la actitud de las señoras firmantes de peticiones con la de Dido abandonada.

— Ese pillo que se atrevió á asegurar que la confesión auricular se convierte en instrumento de seducción si se envuelve en un Lovelace con el sayal que llevaron con gloria los Gantes y los Margiles.

— Y que la moral se viola cuando el seductor de la inocente virgen se parapeta con el altar para esquivar sus deberes de padre, su responsabilidad de adúltero.

— Pues andando, que si no cogemos campo nos quedaremos sin ver sesión, pues ha de sobrar concurrencia.

— Como que ahora se vota eso.

Gordo levantó en alto los brazos, echó tres erutos, sacudió la pereza, se levantó más que de prisa y se vistió el chaquetón de casimir.

— Vamos, vamos, pues, y dejaremos al amigo La Llana donde le parezca.

Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos.



Yo me introduje en un palco desde donde Anarda había ocurrido á presenciar el zipizape parlamentario.

—¡Gracias á Dios que ha llegado usted, hombre! Temí que no se presentara y verme obligada á quedarme aquí hasta concluir la sesión.

Iba la muy pícara hermosa como nunca. Una chaqueta *basquiñé* permitía mirar la carne apretada, blanquísima y juvenil de su pecho. Un adorno de abalorio en las mangas hacía brillar sus brazos; al cuello llevaba un rebocillo muy tenue, muy tenue, de no sé qué tela verdosa. Los ojos en aquella semi-obscuridad lanzaban reflejos azulados; la voz era como aterciopelada.

—¿Qué me cuenta usted de amores? ¿Qué dice la famosa Trini?

—¡Por Dios, señora! ¡qué cosas tiene usted! Eso es his-



Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos

toria antigua, negocio olvidado. Ya sabe usted que ahora tengo puestos mis ojos en algo más alto, más hermoso que todo aquello.

— ¡Hola! ¿conque sigue el juego de escondidillas?

— Bien sabe usted, señora, que ese juego es un secreto á voces.

— Pues dígame usted ese secreto, que harto me lo ha anunciado.

— ¿Necesito acaso halagarle á usted el oído diciéndole...?

— Calle usted, que ya Degollado se ha sentado en su silla y vamos á perder la sesión. Oiga usted.

— Sí, «Del Ministro de Hacienda, avisando que...» «El Gobierno participa quedar enterado...»

— ¿Y qué dice don Santos? Yo no entiendo media palabra de lo que habla ese hombre... No sé cómo pueda mandar tropa semejante sujeto.

— Pues dice: «de enterado con satisfacción», «de enterado con sentimiento», «de enterado y al archivo».

— ¡Qué fastidio!; esto dura más que un hábito de la Soledad... ¿Y á qué horas empieza la discusión?

— No sé; apenas entran los ministros: véalos usted, ya se colocan en aquel departamento, que es el suyo.

— Sí, ya les vi; en este momento saludaba á Lerdo. ¿Sabe usted que saldrá del gabinete nuestro grande hombre?

— No lo sabía.

— Se va á curar, porque está herido de muerte. Tiene una gastralgia que le hace sufrir las de Caín; en días pasados, el médico, admirando su valor para aguantar los dolores, le dijo:

— Pero, don Miguel, ¿qué pasa con usted que no se queja nunca? Debe usted de sufrir horriblemente.

Y el hombre, que no carece de sal, le contestó:

— Pues si diciendo «no hay, no hay», tengo siempre las antesalas del Ministerio llenas de viudas, pensionistas y militares, ¿qué sucederá si digo «ay, ay»?

— Las gentes creen que todos ustedes, los reformistas, están malditos de Dios. Lerdo había notado que su suegra no ocurría á su casa como de costumbre, pero no había preguntado nada; el otro día vió que se escapaba la señora al presentarse él, é inquirió la causa.

— Es que cree que estás excomulgado, y por eso se te aparta.

— ¡Que no creyeran lo mismo los pretendientes del Ministerio! — exclamó el pobre Colbert.

— ¡Atención!; creo que ahora empiezan. ¿Qué dice de Vidaurri ese señor gangoso?

— Que está dispuesto á entrar en transacciones.

— Pues no lo creo, después de la última ocurrencia. ¿Sabe usted que, so pretexto de introducir por Matamoros un cargamento de armas, trató de meter un contrabando

de géneros de algodón, y viendo que no se lo dejaban pasar, envió á Zuazua como embajador, y acabó por ponerse al frente de sus tropas para atacar á los aduaneros? ¡Es mucho hombre don Santiago!

— Ahora se reanuda la discusión pendiente.

— ¿Y toman parte los primeros espadas? Yo me muero de ganas de oír á ese Ramírez, que dicen es un bárbaro de mucho talento.

— Habló ayer.

— ¿Y Zarco, y Prieto?

— Ya pasó su turno.

— Decididamente, tengo suerte de perro amarillo. ¿Quién es ese que tiene la palabra?

— Ampudia.

— Diga usted, ¿soltará muchas atrocidades contra el clero y contra las monjas? Eso quiero yo, cosa que se entienda, y no tonterías de Puffendorf y de Cornelio Van Binkershoeck con que nos aburrimos el otro día.

En ese instante subió á la tribuna un orador de voz opaca que no causó impresión ninguna. De repente se sintió gran efervescencia entre el público.

— ¡Viva Arriaga!

— ¡Viva don Ponciano!

— ¡Mueran los sacristanes!

— ¡Mueran los impíos!

— ¡Mueran los herejes!

— ¡Fuera!

— ¡Que hable Arriaga!

— No hay, señora, dije, nada que iguale al placer de estar con usted, de mirarla, de oír sus palabras.

— ¿Qué dice usted?

La voz del presidente de la Comisión de Constitución, al principio vacilante, sin expresión, sin colorido, sin fuerza, subió de tono:

«Tengo fe en el pueblo, no en su instrucción teológica, no en su ilustración en jurisprudencia, sino en los instintos que lo inclinan al bien. Uno de los impugnadores se ha atrevido á decir en el calor de su improvisación que las Constituciones deben acomodarse, no sólo á la ignorancia y á las preocupaciones del pueblo, sino también á sus vicios. ¡Y el orador que así se ha expresado, ha tenido la osadía de calificar de inmoral la idea del artículo!»

— No sabe usted cómo deseaba una oportunidad así para decirle que mi espíritu sin guía, sin dirección, sin ayuda, implora á usted desde lo hondo de su miseria.

— ¿Y cómo puedo ponerme á directora de nadie, si toda mi vida he necesitado dirección?

«Ya no es posible engañar ni alucinar al pueblo con la tan repetida especie de que se quiere destruir la religión cristiana. El pueblo no puede dar crédito á esta superchería, porque sabe que la religión no tiene sus cimientos en arena, y recuerda que el mismo Cristo aseguró que

esta religión sería eterna y se extendería por el mundo entero. Los que desconfían de esta promesa parece que quieren desmentir á Cristo mismo, escarnecer su palabra santa, su palabra de bien y de verdad.»

— ¡Ay, Anarda, parece que usted ignora que el cariño ilumina, penetra y alegra todo!

«Soy cristiano fervoroso y creyente; amo á mi religión, no sólo porque es divina, no sólo porque me sirve de consuelo en esta vida y espero que me sirva de salvación en la otra, sino porque hallo en ella las doctrinas de libertad que todo lo purifican, exal-



D. PONCIANO ARRIAGA

tan y engrandecen. Pero, afortunadamente, no confundo la religión cristiana con los bastardos intereses del clero.»

— ¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo, Arriaga!

— ¡Abajo el insultador del clero!

— No sé; pero desde que conocí á usted, me pareció que algo nos iba á unir para siempre. ¿Recuerda usted aquella noche en Nuevo México? Después, la amistad que usted me ha manifestado, su protección asidua, su deseo

de que yo medre y crezca me han acercado más á usted. Usted lo sabe; quisiera besarle las manos de cariño, besarle los pies de agradecimiento.

É iba á unir la acción á la palabra, cuando ella retiró las manos y me miró con enojo.

Y Arriaga en su solo elegíaco:

«La moral cristiana es la fuente de la civilización. Ella abolió la esclavitud, ella acabó con las castas y con los privilegios, y al proclamar que todos los pueblos son hermanos, hijos de un mismo Padre, que está en los cielos, estableció la igualdad, que es la base del sistema republicano. En una república, pues, no puede haber castas dominantes que tengan la dirección exclusiva de las conciencias. Decir república y religión exclusiva, siquiera sea la católica, es una contradicción...»

— ¡Mientes, infame!

— ¡Fuera ese blasfemo!

— ¡Muy bien, Arriaga!

— ¡Muera el clero corrompido!

— ¡Mueran los jacobinos!

— ¿No sabe usted que guardo las cartas que me escribió á Guerrero, como la alhaja más preciada? Me demuestra usted en ellas cariño, interés, afecto, y eso las hace sagradas para mí.

Ella, sonriente al principio, me mira como inquieta, como turbada.

— Va usted á acabar por comprometerme.

«Nuestro clero no ama á la patria, no siente por ella el afecto, la veneración, el cariño que sienten los buenos hijos por su madre. Por un Hidalgo, por un Morelos hemos tenido cien mil curas de Zacapoaxtla... El clero de Jalisco conspiró contra las instituciones liberales, y hoy ciñen mitras los canónigos que firmaron el plan del Hospicio.»

— ¿Comprometerla á usted? ¿Y hace usted caso del dictamen de esta sociedad hipócrita y mojigata? Ante el amor, ante el amor grande y noble, ante sus fueros benditos, ¿qué vale la opinión de los cuatro imbéciles que aquí se erigen en tribunal de instrucción y de sentencia? Usted, que es una mujer superior, una mujer cuyos talentos sólo igualan á su hermosura, debe desechar esos prejuicios, indignos de persona tan alta. ¿Qué le importan á usted los sepulcros blanqueados, los receptáculos de víboras que se llaman guardianes de las conveniencias sociales?

— Mi familia...

Gran escándalo: llega á nuestros oídos la voz de Arriaga que grita una nota oficial, en que el General Scott participa á su Gobierno que la proclama que ha dirigido á los mexicanos para atraerlos, le había sido sugerida por individuos notables del clero, y que éstos le proporcionaron emisarios para hacerla circular en el interior de la República.

- ¡Mientes, hereje infame!  
 — ¡Eso no es cierto!  
 — ¡Eso es falso; eso no puede ser!  
 — ¡Calumniador!  
 — ¡Bandido!  
 — ¡Muera el clero!  
 — ¡Viva la religión!

En aquel momento descenden de la galería las cintas con dísticos é inscripciones, y distingo la mano peluda de Quiroz y el chaquetón de paño de Gordo.

«El señor Lafragua ha sido de los impugnadores con un argumento verdaderamente original, aunque á mí siempre me parecen originales las argumentaciones del señor Lafragua (Risas; el aludido se remueve nervioso en su asiento y se menea los espejuelos hasta que se los quita). Este señor combaté la tolerancia, y un momento después, con tono de Madame Roland en el cadalso, exclama: «¡Religión, religión, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!» Esto solo quita todo su valer á los discursos del ministro-diputado.»

— ¡La familia! ¿Y hace usted caso de un viejo que, de joven, la martirizó con sus celos, y de viejo la pone en ridículo con sus chocheos?

Baja el orador entre silbidos, gritos, vociferaciones, aplausos y vivas.

De los asientos de los ministros se mueve pausadamente

uno grave, solemne, de gran barba, con aspecto de senador en *Otelo* ó de sacerdote en *Nabuco*: es don Ezequiel Montes.

Habla largo y habla bien. Combate á los oradores con razones y con sentencias de los clásicos; con argumentos de los publicistas y con frases griegas y latinas. Después sube Mata y quema el último cartucho en un discurso desbordante de entusiasmo, de convicción y de firmeza.

Degollado avisa que rehusan hacer uso de la palabra los representantes que la habían solicitado; se declara el asunto suficientemente discutido, y empieza la votación nominal. Los diputados se ponen en pie y votan con voz clara y firme. El momento era solemne; hasta las galerías dejaron de gritar y tomar parte en lo que pasaba en el salón.

Anarda se inclinó en la barandilla, yo la imité, y dejando caer mi mano sobre la suya se la apretaba convulsivamente á cada voto en pro ó en contra. Ella no llegó á retirar la mano.

Al fin se declaró el artículo *sin lugar á votar* por sesenta y cinco señores contra cuarenta y seis.

Cuando el presidente anunció el resultado, se produjo en las galerías una espantosa confusión: silbidos, aplausos, gritos de ¡Viva la religión! ¡Mueran los herejes! ¡Mueran los hipócritas! ¡Mueran los cobardes! ¡Viva el clero! Más de una nariz creció de tamaño y más de un ojo cambió de color en aquella tarde memorable.

Cuando todo concluyó, Anarda me hizo salir del palco. Cuando la conducía por la escalera, le dije rendido:

— ¿Y qué dice usted de todo lo que le he hablado?

— Que en realidad tenían razón las señoras en pedir no se decretara la tolerancia. Diga usted, que pudieran establecerse aquí harems como en Turquía...

Y al subir á su coche me dirigió la sonrisa más hermosa que puede iluminar rostro humano.



#### CAPITULO IV

##### La conspiración de la Profesa

**S**UÁREZ Navarro había llegado á México por Febrero de ese año, había solicitado no sé qué de Comonfort, y como no lo obtuviera, se dió á conspirar sin descanso, unas veces en calidad de conservador y otras en calidad de liberal; pero siempre en calidad de descontento.

Suyos fueron aquel terrible papel que se llamaba: «Hemos de acabar con ricos, con frailes y con monjío», aquel otro intitulado: «Vamos hablando despacio, mi querido don Ignacio», y todos los que firmados *Marat*, *Robespierre* y *El Septiembrista*, se escribieron hablando de degollinas de monjas y frailes, de confiscación de bienes de acaudalados, de destrucción de iglesias y de otras pequeñeces así.